

zos del idolo; no habia nada que lo sostuviera y se deslizaba en el hoyo, donde era consumido entre el ruido de los cantares y de los instrumentos músicos (1). Esta estatua homicida existia con nombres diferentes en Oriente y en Occidente, entre los judíos apóstatas y entre los Galos.

1. Di d. Sicul., *Ibid.*, etc., etc.

CAPITULO XXII.

(CONCLUSION DEL ANTERIOR).

SUMARIO.—Existencia de los oráculos divinos y de los satánicos, probada por el hecho de los sacrificios.—Palabras de FUSEBIO.—Nuevo rasgo de paralelismo.—El Espíritu Santo, oráculo permanente de la Ciudad del bien; Satanás, oráculo permanente de la Ciudad del mal.—Satanás se sirve de todo para hablar.—No se contenta con el sacrificio del cuerpo, en odio al Verbo encarnado, quiere el sacrificio del alma.—Exige infamias é ignominias: pruebas generales.—Cuando no puede matar al hombre, lo destigura.—Tendencia general del hombre á destigurarse físicamente.—Explicación de este fenómeno.—Solo un pueblo es excepcion y por qué.—Otro rasgo de paralelismo: para hacer al hombre semejante á sí, Dios se le muestra en cuadros y estatuas.—Para hacer al hombre semejante á sí, Satanás emplea el mismo medio: lo que predicán estas representaciones.

A no negar toda certidumbre histórica, los dos hechos que se acaban de leer son contundentes contra los que niegan la existencia real de los oráculos. Lo son, no solamente por la gravedad de los autores que los refieren, sino tambien por su conexión con otra multitud de hechos, no menos ciertos. Para conservar la más pequeña duda sobre la existencia universal de los oráculos demoniacos, y sobre la autoridad terrible que sus órdenes tenían, es menester haber adoptado previamente el sistema de negar, de tal modo que raye en estupidez.

¿No descansa toda la historia del mundo civilizado sobre la certidumbre de un hecho satánico? ¿No vemos cien veces en la Escritura las consultas de los oráculos? Estos oráculos ¿no piden cien veces á los Judíos, lo mismo que á

los Cananeos, la inmolation de sus hijos é hijas? Cítese una página de la historia profana, que no afirme la existencia de los oráculos entre todos los pueblos paganos antiguos, que no la afirme también entre todos los pueblos paganos de la actualidad. Entre las innumerables prácticas, ridículas, infames ó crueles, que manchan su existencia, ¿hay una sola que ellos no refieran á alguna prescripción de sus dioses?

Sobre este punto, si la historia viene en confirmación de la razón, la fe viene, á su vez, en confirmación de la historia. Satanás como rival implacable del Verbo, quiere ser tenido por Dios. El signo de la divinidad es el culto de la tría: el acto supremo del culto de la tría es el sacrificio: el medio de obtener el sacrificio es mandarlo: el medio de mandarlo es el oráculo. Satanás, inmutable en el mal, siempre ha querido hacerse pasar por Dios, y siempre lo querrá: por esto, siempre ha querido el sacrificio; y lo querrá siempre. Y así, bajo uno ú otro nombre, ha habido siempre oráculos y siempre los habrá donde quiera que el mono de Dios pueda ejercer su imperio.

“Nada prueba mejor, dice Eusebio, el odio de los demonios contra Dios, que su furor por hacerse tener por dioses para robarle los homenajes que le son debidos. Por esto emplean las adivinaciones y los oráculos, á fin de atraer á los hombres hácia sí, apartarlos del Dios supremo y sumirlos en el abismo sin fondo de la impiedad y del ateísmo (1).”

No solamente en las cosas de la religión y en lo tocante á los sacrificios quiere ser consultado el rey de la Ciudad del mal; lo quiere, y lo es también en las cosas del orden, puramente social y humano. Es un nuevo rasgo de paralelismo, sobre el que ya hemos llamado la atención.

Sabido es, que ántes de emprender cualquier cosa de im-

1. *Præp. evang.*, lib. VII, c. XVI; S. Th., 1 p. q. 115, art. 5.

portancia, el antiguo pueblo de Dios tenía orden de consultar al oráculo del Señor; *os Domini*. El Evangelio no ha hecho cambio alguno en esta prescripción. ¿No vemos al nuevo pueblo de Dios, la Iglesia Católica, fiel y constante en la práctica de implorar las luces del Espíritu Santo, para saber en circunstancias importantes lo que conviene hacer y la mejor manera de hacerlo? Mientras fueron cristianas las naciones de Oriente y Occidente, ¿no se dirigían al Soberano Pontífice, oráculo vivo del Espíritu Santo, pidiéndole reglas de conducta y suplicándole que decidiese entre lo verdadero y lo falso, entre lo justo y lo injusto? ¿Qué es esto, sino consultar al oráculo del Señor, *os Domini*? En la vida privada, los católicos mismos, que han conservado la fé en las necesarias relaciones del mundo superior con el inferior, observan religiosamente esta práctica. ¿Qué es esto también, sino consultar al oráculo del Señor, *os Domini*?

Es muy evidente que este uso, tan propio para obtener la confianza y los homenajes de los hombres, Satanás ha tenido que remedarlo en provecho propio: y de esto, antes de tener las pruebas, se tiene ya la certidumbre. ¿Qué vemos, efectivamente, en todos los pueblos paganos? Oráculos, á quienes se va á consultar sobre las cosas de la guerra y de la paz, sobre las calamidades públicas y las aflicciones domésticas, sobre los casamientos, sobre las enfermedades, sobre las empresas comerciales. Estos oráculos son de tal manera respetados, que los más orgullosos generales no se atreven á salir á campaña, sin haberlos antes consultado. Son tan numerosos que Plutarco no vaciló en escribir esta sentencia célebre: “Sería más fácil encontrar una ciudad edificada en el aire, que un pueblo sin oráculos (1).” Luego entre todos los pueblos de la antigüedad,

1. Véase *Theatrum magnum vite humanæ art. Oracula*.

la existencia de los oráculos satánicos era un artículo de fe y la base de la religión.

En cuanto á la forma y modo con que se daban, por más extraña que parezca, nada tiene de sorprendente, nada que afecte á la certidumbre del fenómeno. Como el cuerpo está bajo la acción del alma, que le hace moverse y hablar, así el mundo material con todas sus partes está sometido al mundo de los espíritus y en particular á los espíritus malos, que son llamados moderadores y gobernadores del mismo *rectores mundi, tenebrarum harum*.

Por consiguiente, para dar oráculos cualquier cosa les aprovecha lo mismo: una serpiente ó un madero, como en la Escritura; una mesa, como se ve en Tertuliano; un hombre ó una mujer, como se lee en la historia Santa y en la profana; una encina, como lo refiere Plutarco; una estatua de bronce, como la de Memnon; una fuente, como la de Colofon ó la de Castalia; una haba, un grano de trigo, las entrañas de un animal, una cabra, un cuervo, como se ve en Clemente Alejandrino y en veinte autores paganos (1). "Nada hay más evidente, añade Porfirio, ni más divino, ni más natural que estos oráculos (2)."

Sin embargo, por abominable que sea el sacrificio del cuerpo tantas veces mandado por los oráculos, no es bastante para el demonio. Su implacable odio exige otro más abominable todavía; el sacrificio del alma. Como inspira el primero, inspira también el segundo. En la Ciudad del bien, el objeto final del sacrificio y de todas las prácticas

1. Fascinationis veluti negotiationis sociæ habentur capræ ad divinandum informatæ, nec corvi illi, quos ad responsa reddenda homines (los médiums) erudiere *Exhort. ad Graec.*, etc., etc.
2. His nihil evidentius, nihil aut cum divinitate, aut cum ipsamet natura conjunctius dici queat. *Apud Euseb., Praep. evang. lib. v, c. viii.*

religiosas, es reparar ó perfeccionar en el alma la imagen de Dios, para que hecha semejante á su Criador, entre en el momento de la muerte en posesión de las delicias eternas. Pero despojar al alma de su hermosura nativa despojándola de la santidad, es decir, borrar en ella hasta los últimos vestigios de su semejanza con Dios, para que al salir de esta vida, quede esclava y víctima eterna de su corruptor, es el objeto diametralmente contrario del Rey de la Ciudad del mal.

Con igual tiranía que exige la efusión de sangre, reclama también la profanación de las almas. Nuestra pluma se resiste á describir las hecatombes morales, llevadas á cabo por orden suya en todos los puntos del globo, así como las circunstancias repugnantes de que el príncipe de las tinieblas las rodea. Ignominias é infamias: estas dos palabras son el resumen de todo su culto público y secreto.

Ignominias. Ved á Satanás, señor de esas almas inmortales, imágenes vivas del Verbo encarnado, forzándolas á postrarse ante él, no bajo la figura de un Serafin, resplandeciente de luz y de hermosura; sino bajo la forma de todo lo que hay más feo y más repusivo en toda la naturaleza. Cocodrilo, toro, perro, lobo, cabron, serpiente, animales anfibios, bestias de la tierra y del mar, bajo todas estas formas exige los homenajes del hombre, y los obtiene. Esta vasta galería de monstruosidades no es bastante para él. Para sumergir al hombre en ignominias más profundas inventa otra nueva.

Bajo su inspiración, el Oriente y el Occidente, Egipto, Grecia, Roma, todos los lugares en que el hombre respira, han visto las ciudades y los campos, los templos y las habitaciones particulares, poblados de figuras monstruosas, desconocidas en la naturaleza. Seres deformes, mitad mu-

jer, mitad pez, mitad hombre, mitad perro, mujeres con cabellera de serpiente, hombres con patas de chivo, mujeres con cabeza de toro, hombres con cabeza de lobo, serpientes con cabeza de hombre ó de gavilán, orangutanes, figurones que tienen por cabeza un pan de azúcar, por boca una espantosa raja que corre de oreja á oreja y por vientre un tonel, en todas las actitudes, ridículas, amenazadoras, ó cínicas: á estos dioses, encarnacion multiforme y larga burla del Espíritu maligno, tendrá el hombre que ofrecer temblando los honores divinos del incienso y pedirles humildemente sus favores.

Infamias. ¿A qué precio será recibido ese incienso? ¿Con qué condiciones serán otorgados esos favores? Pregúntese á los misterios de Ceres en Eulises, á los de la buena diosa en Roma, de Baco en Etruria; de Venus en Corinto; de Asarté en Fenicia; de Mendes en Egipto; de los templos de Guido, de Delfos, de Claros, de Dódona y otros varios que no queremos nombrar; en una palabra, pregúntese á todos los santuarios tenebrosos, donde cual tigre que espera su presa, Satanás noche y día espera á la inocencia, el pudor, la virtud y todo lo inmola sin piedad, con tal refinamiento de infamia, que ni el cristiano puede sospechar, ni el mismo pagano habria nunca inventado (1)

Lo que Satanás hacia entre todos los pueblos paganos, lo hizo entre los Gnósticos, y lo hace en cuanto al fondo entre los sectarios modernos más directamente sometidos á su imperio. Escuchemos el relato de lo que pasa, hace algun tiempo en América, la tierra clásica de los espíritus golpeadores y de los grandes *mediums*. En el mes de Septiembre cuando se han recogido las cosechas, hay entre los

1. *Clem. Alexand. Exhortat. ad Graec.; et Euseb. Praep. evang.*, lib. IV, c. XVI.—M. d. Mirville, *Pneumatologie, etc.*, T. III; *deuxième Mémoire*, p. 346.

metodistas la costumbre de tener reuniones nocturnas durante una semana. Se pone un anuncio en los periódicos, á fin de que cada uno de los fieles esté debidamente preparado y pueda aprovecharse de las gracias que el *Espíritu Santo* prodiga en estas circunstancias. Se escoge un ancho llano en medio de las florestas; la reunion tiene lugar al aire libre y en el silencio de la noche. Se ve llegar á los sectarios por todos los caminos y en todas las clases imaginables de vehículos, hombres, mujeres, niños, todos acuden á la cita.

El lugar de la reunion, es ordinariamente de forma oval. En una extremidad se construye el estrado para los predicadores; los cuales son siempre muchos. Desgraciadamente esta casta abunda en América. A ambos lados se levantan tiendas, ordenadas en forma de herradura, y detrás se colocan los carruajes y caballos. Al rededor se fijan postes con faroles ó antorchas, que proyectan una luz pálida: en el centro no hay nada; en él se coloca la gente. Hacia las nueve ó las diez de la noche, á una señal dada, suben los ministros al estrado; se agolpa el pueblo, y se mantiene de pié ó sentado sobre la yerba.

Un ministro comienza ciertas preces; luego declama un pequeño *specch*; es el preámbulo. Sucédenle otros varios, que procuran calentar el entusiasmo. Pronto la escena se anima y toma un aspecto extraño. Uno de los ministros entona con grave y lenta voz un canto popular (1), la turba le acompaña en todos los tronos: despues el ministro ensancha la voz y sigue siempre *crescendo*, acompañando su canto con los gestos más excéntricos. No estaba más agitada en su trípode la Sibila. Se canta y declama sucesivamente, y va subiendo el entusiasmo.

1. El *cármén* usado en todas las evocaciones.

Esto dura dos horas enteras: la excitacion acaba por llegar á un punto, del cual es imposible formar idea. Entre otras exclamaciones que se oyen resonar, citamos esta: *En la Nueva Jerusalem tendremos de valde el café y el vino oñejo. ¡Alleluia!*

Bien pronto toda aquella turba, que llena el circuito, se mezcla, se empuja, gritando, bailando, en medio de violentos alaridos y ruidosas risotadas. ¡El espíritu viene! ¡El espíritu viene! Sí, viene en efecto; pero debe de ser un espíritu infernal, segun las contorsiones que se ven y los aullidos que se oyen. Es aquello una confusion, una algarabía, digna del Africa. Los hombres se golpean el pecho, se balancean como los figurones chinos, ó hacen evoluciones raras á manera de los derviches. Las mujeres se echan á rodar por el suelo, con el cabello suelto. Las jóvenes se sienten levantar en el aire; y en efecto, son levantadas por una fuerza que no es natural.

Entre tanto los ministros, que parecen atacados de la misma locura, continúan cantando y meneándose á modo de posesos: es una zambra completa, un caos. . . . lejos de allí el pudor, lejos de allí la moral; todo es puro para aquellos energúmenos. *Dios, dicen, lo perdona todo.* ¡Vergüenza é infamia sobre los ciegos jefes de un pueblo ciego! . . . Las estrellas del firmamento esparcen su dulce claridad sobre aquel cuadro afrentoso: á veces muge el viento en la arboleda y las antorchas hacen aparecer los hombres como sombras. . . . Así se pasa la noche. Por la mañanita vereis toda aquella turba, tumbada, inerte, sin fuerzas, rendida. El día se destina al descanso, y la noche siguiente se vuelve á lo mismo (1). He ohi lo que pasa en la secta puritana de

1. Historia de un meeting. de 1863, *Extractos de los diarios americanos.*

los metodistas. ¿Quién osaria contar lo que sucede entre los Mormones?

Tenemos, pues, derecho á repetirlo. Perseguir al Verbo encarnado en el hombre, su hermano y su imágen; perseguirlo remedando, para perderlo, todos los medios divinamente establecidos para salvarlo; perseguir sin descanso en todos los puntos del globo; perseguirlo con un odio que llega hasta la muerte del cuerpo y del alma, tal es la única ocupacion del rey de la Ciudad del mal.

Si no siempre consigue este resultado, siempre lo intenta: cuando no le es dado destruir la imágen del Verbo, la desfigura. A falta de una victoria completa, ambiciona una ventaja parcial. Este luminoso principio de la filosofia cristiana nos conduce á un hecho muy notable, hasta el presente poco notado en sí mismo y nada estudiado en su causa. Queremos hablar de la tendencia general del hombre á desfigurarse. Y en vez de general diríamos *universal*, si no debiera exceptuarse un pueblo, que pronto nombraremos. Antes de ocuparnos de la causa, pongamos en claro el fenómeno.

La manía de desfigurarse ó deformarse físicamente se encuentra por todas partes. Inútil es añadir, que es particular del hombre. El animal, cualquiera que sea, no incurre nunca en ella. Si recorremos las diferentes partes del globo, encontramos en todas las épocas y en grande escala las deformaciones siguientes: deformacion de los piés por la compresion; deformacion de las piernas y muslos por ligaduras; deformacion del talle por el corsé; del pecho y los brazos por los petos, otra deformacion del pecho, los brazos, piernas y espalda por medio de feas excrescencias de carne, producidas de incisiones que se hacen con conchas; defor-

macion de las uñas por la coloracion; deformacion de los dedos por la amputacion de la primer falange.

Deformacion de la barba, pelándola; de la boca taladrando el labio inferior; de las mejillas agujereándolas y pintándolas; de la nariz, aplastándola de una á otra parte, taladrándole el tabique, suspendiendo de ella una larga placa de metal, ó agradándola exageradamente por la compresion vertical de sus paredes; deformacion de las orejas, por el uso de pendientes, que las van estirando hasta hacerlas llegar á las espaldas (1); deformacion de los ojos por la coloracion ó depresion del hueso frontal, que los hace salir de su órbita; deformacion de la frente por medio de caracteres obscenos grabados en rojo con madera de sándalo; deformacion del cráneo, por medio de varias compresiones que le hacen tomar la forma cónica, puntiaguda, convexa, redonda, triangular, aplastada, cuadrada; deformacion general por el artificio, los cosméticos y las modas ridiculas: tal es el fenómeno (2).

¿Qué espíritu sugiere al hombre, que no está bien conforme Dios lo ha hecho? ¿De dónde le viene esa imperiosa

1. "En los dias de fiesta, las mujeres de la isla de *Pascuas* se ponen sus pendientes. Comienzan de mañanita pasándose el lóbulo de la oreja con un palito puntiagudo; poco á poco lo van introduciendo más, y el agujero se ensancha. Entonces introducen un rolito de corcho, el cual haciendo oficio de resorte, extiende y dilata más y más la abertura. Al cabo de algun tiempo, el lóbulo de la oreja se ha convertido en una ténue correita, que cae sobre la espalda como una cinta. Los dias de fiesta se introduce en ella un enorme rollo de corcho: ¡esto es allí de mucha gracia!"

Annales de la Propag. de la Fé 11.

2. Sobre los testimonios que lo prueban y los pueblos en que se practica, véase la obra del Doctor en Medicina, L. A. Gosse de Génova, titulada: *Essai sur les deformations artificielles du crâne*, Paris, 1855, y los *Anal. de la Prop. de la fé*, n. 98, p. 75.

manía de desfigurar en su persona la obra del Criador? Dar por toda causa los celos de unos á los remilgos de otras, no es resolver la dificultad; no es más que huir de ella. Se trata de saber qué principio inspira esos celos brutales, esa coquetería repugnante; por qué los unos y los otros proceden por deformacion, es decir, en el sentido más opuesto á la belleza; y cómo es que se encuentra en todos los puntos del globo.

Si queremos no pagarnos de palabras y poseer el secreto del enigma, hay que recordar dos cosas igualmente ciertas: la primera que el hombre ha sido hecho, en su cuerpo y en su alma, á imagen del Verbo encarnado; la segunda, que el objeto de todos los esfuerzos de Satanás es hacer desaparecer del hombre la imagen del Verbo encarnado, para formar lo á su propia imagen. Estas dos verdades incontestables conducen lógicamente á la conclusion siguiente: La tendencia general del hombre á desfigurarse es efecto de una maniobra satánica. En confirmacion de esta conclusion vienen muchos hechos cuyo sentido no es equívoco.

1º Algunos pueblos reconocen positivamente la influencia de los dioses en su costumbre de desfigurarse. "A las mujeres de Australia, escribe un misionero, no es la depravacion del gusto en adornarse lo que las decide á mutilarse; sino la idea de un sacrificio religioso. Cuando son jovencitas, les atan la punta del dedo meñique de la mano izquierda con ciertos hilos fuertes de telaraña; de modo que interrumpiéndose la circulacion de la sangre, al cabo de algunos dias se desprende la primera falange, que se dedica á la serpiente boa, á los peces ó á los *kanguroos* (1)."

Lo mismo pasa con la deformacion frontal por la coloracion. Su carácter de repugnante obscenidad acusa mani-

1. *Annales*, etc., n. 98, p. 75.

fiestamente otra causa, que no es sino los celos del hombre, ni la coquetería de la mujer.

2º La parte del cuerpo, más universal y profundamente deformada, es el cerebro. ¿De dónde proviene esta preferencia? Desde el punto de vista de la acción demoníaca, es fácil comprender el motivo. El cerebro es el instrumento principal del alma. Alterar el cerebro, es alterar todo el hombre. Pues bien, su deformación tiene por resultado entorpecer el desarrollo de las facultades intelectuales, favorecer las pasiones brutales y degradar al hombre hasta el nivel de las bestias (1).

3º Entre todos los pueblos uno solo, no obstante estar rodeado de ellos, se libra de esa tendencia; es el pueblo judío. Como investido de una misión providencial, cuya credencial consiste en su identidad, es preciso que sea eternamente reconocido por judío, y Satanás no tiene permiso para desfigurarlo. "Puede citar, dice Gosse, como exenta de la deformación á esa pequeña nación judía, que tan importante papel ha desempeñado en los destinos del linaje humano, y cuyo tipo se ha conservado puro desde los tiempos más remotos."

4º Cuanto más extrañas son las naciones á las influencias del cristianismo, ó del Espíritu Santo, más general es en ellas la tendencia á desfigurarse; por el contrario, á proporción que son más cristianas, se disminuye. "Hablando de los habitantes de Colombia, observa Mr. Duffot de Mofras, que donde se ha introducido el catolicismo, la deformación ha cesado (2)." Y claro es, que desaparece por com-

1. Véase al citado Gosse, p. 149.—En diferentes puntos de Francia y de Europa se practica todavía la deformación frontal. *Ibid.*

2. Gosse, pág. 9.

pleto entre los verdaderos católicos, los santos, los sacerdotes, los religiosos, etc.

Deformar al hombre, á fin de borrar en él la imagen del Verbo, no es bastante: ya hemos dicho, que á toda costa Satanás quiere hacer al hombre á su imagen. Aquí se marca otro nuevo rasgo del paralelismo constante, que venimos observando.

En la Ciudad del bien la más elocuente y más popular imagen de Dios es el crucifijo. Por lo tanto; el crucifijo debe de ser la imagen obligada del hombre sobre la tierra. Mortificación universal de la carne y de los sentidos, imperio absoluto del alma sobre el cuerpo, consagración ilimitada á Dios, desapego de las cosas temporales, resignación, mansedumbre, humildad, aspiración constante hácia las realidades de la vida futura; ¿no debe consistir en esto toda la vida del hombre viador? Pues he ahí el crucifijo. Por eso, el Concilio de Trento definió así la vida cristiana: *La vida cristiana es una penitencia continua; vita christiana, perpetua venitentia.*

También el Rey de la Ciudad del mal define la vida por medio de sus imágenes; pero la define á su manera. Entre las innumerables imágenes, debajo de las cuales se presenta á recibir los homenajes de los hombres, no hay una que no sea un llamamiento á cierta pasión. Varias veces hemos visitado las galerías de Florencia, los museos de Roma y Nápoles, las ruinas de Pompeya y Herculano. Hemos visto los dioses de la Oceanía: otros han visto por nosotros los templos del Tíbet, las pagodas de la India y de la China. Pues bien, los millares de imágenes, emblemas, estatuas antiguas y modernas, que llenan esos lugares, por diferente que sea su época ó su destino, repiten, cada cual á su manera la palabra seductora, que perdió al hombre en el pa-

raiso: GOZA; es decir, olvida tus destinos, olvida el fin de la vida, adora tu cuerpo, menosprecia tu alma, degrádate, déformate; bórrese de tu frente, de tus pensamientos y de tus actos la imagen del crucifijo, para que vengas á ser la imagen del que adoras, de la Bestia.

Podríase continuar la historia paralela de las dos Ciudades desde el punto de vista religioso; pero es ya tiempo de bosquejarla desde otro punto de vista no menos instructivo, y es el del orden social.

CAPITULO XXIII.

HISTORIA SOCIAL DE LAS DOS CIUDADES.

SUMARIO.—Paraelismo de las Ciudades en el orden social.—Para constituir la ciudad del bien en estado social, el Espíritu Santo les da sus leyes por ministerio de Moisés.—Los fundadores de los pueblos paganos reciben sus leyes del rey de la Ciudad del mal.—Testimonio de Porfirio.—Los pueblos del alto Oriente reciben sus leyes del dios serpiente con cabeza de gabilan.—Licurgo las de Esparta de la serpiente Phytón.—Numa las de Roma de la antigua serpiente bajo la forma de la ninfa Egeria.—Roma fundada por inspiracion directa del demonio: pasaje de Plutarco.—Las leyes de Roma dignas de Satanás por su inmoralidad; pasajes de Varron y de San Agustín.

El paralelismo de las dos Ciudades, del cual acabamos de hacer un ligero estudio, en el orden religioso se encuentra tambien en el orden social; y no puede ser de otra manera. Por la naturaleza misma de las cosas, la religion ha sido entre todos los pueblos el alma de la sociedad, y lo será siempre. Ella inspira las leyes, informa las instituciones y arregla las costumbres; ella la domina y le da impulso, como el alma domina al cuerpo y pone en movimiento todos sus órganos. Pues en la Ciudad del bien, el Espíritu Santo es sin disputa el maestro y señor de la religion; y esta realza religiosa le asegura, por lo menos indirectamente el cetro social. Más todavía; lo tiene adquirido por medios directos.

Abramos la historia. Dejando á un lado los tiempos primitivos, llegamos á la época en que siendo bastante numerosa la raza fiel para salir del estado doméstico, Dios la hace pasar al estado de nacion. Nada más solemne que el